

7

VIVIENDO EN LA LUZ

La falta de esperanza es la única manera en que puedo describir mi situación cuando vivía en Londres sin Jesús. Mi búsqueda de conocimientos sobre la vida después de la muerte me trajo sólo desgracia y tristeza.

Una experiencia en particular representa mi situación en aquel tiempo. Jeff Miller estaba en trance, y el ser espiritual que lo controlaba nos había dado detalles sobre la reencarnación. El ser explicó que los hindúes tenían las respuestas para la vida después de la muerte en *Samahdi*, un término que significa que después de muchas reencarnaciones una persona se hace perfecta como Dios. Hay una felicidad sin NINGÚN SENTIDO DE SU PROPIA EXISTENCIA.

Me lamenté: “El no tener ningún sentido de su propia existencia es igual al estar muerto”. El ser se rió de mi consternación. Me sentí aplastado y desgraciado. Después de haberme sido mostrada la vida después de la muerte, ahora se me decía que siempre había una muerte final.

Pregunté: “¿Qué hay de estas promesas de vivir en un hermoso mundo espiritual con nuestros seres queridos?” El espíritu contestó: “Aquello termina, y ya no recordamos

nuestras vidas pasadas”. Luego, el espíritu se hizo vago y sin sentido en sus respuestas, dejándome con una impresión de desesperación con la muerte como el producto final. La entidad parecía gozarse de mi perplejidad y sentimiento de desesperación.

Devastado, dejé el cuarto de sesiones espiritistas. Mi vida siguió de mal en peor. Satanás sabía lo que me estaba haciendo, estaba destruyendo mi alma. En Juan 8:44, Jesús dijo que Satanás es un mentiroso, un destructor y un homicida. En contraste, Jesús dijo de sí mismo: “Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Juan 8:12).

Alabado sea el Señor, encontré la Luz. La realización de aquella primera prueba del cristianismo trajo refrescante esperanza y ahuyentó las tinieblas de mi vida. Descubrí que yo era amado.

Al final del primer sermón que escuché en la pequeña iglesia en Norwalk, California, la gente se me acercó, me saludó y me dijo que estaba muy feliz de tenerme en su iglesia. Nadie jamás me había prestado aquella clase de atención antes. Me sentí querido, que se interesaban en mí. Esto es lo que me ganó para Cristo. No es de maravillarse que Cristo dijo: “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros” (Juan 13:34-35).

Me llené de emoción. Seguramente, si había un mundo espiritual de Satanás, también había un mundo espiritual de esperanza. Existía otra manera de vivir, un camino de luz. Los últimos veinte años de mi vida han sido vividos caminando en aquella luz.

Por cierto, todavía siguen los problemas de la vida. La diferencia es que Jesús camina conmigo a través de ellos. Pedro dijo:

Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la

piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia, por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegásemos a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia" (2 Pedro 1:3-4).

Hubo un tiempo cuando mi vida estaba guiada por señales y maravillas. Jesús dijo: "La generación mala y adúltera demanda señal" (Mateo 12:39). El espiritismo fue sólo una señal tras otra; no dio paz alguna. Hoy acepto a Jesús por fe (Hebreos 11:6). Ésta no es una fe ciega, sino fe en los hechos de las Escrituras, fe en los hechos de su muerte y fe en los hechos de su resurrección. El temor de la muerte ya no es una obsesión en mi vida. He encontrado la vida eterna en Jesús.

Como cristianos, sabemos que el cielo es real porque el Espíritu Santo mora en nosotros. Él es la prueba. En que el Espíritu mora en nosotros, él produce "amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza" (Gálatas 5:22-23). Cuando vemos estos grandes ideales espirituales llegar a la fruición en nuestras vidas, sabemos que estamos experimentando una anticipación de cómo va a ser la vida en la presencia de Dios mismo. En que el Espíritu Santo genera vida espiritual en nosotros, en que él nos da la fortaleza para vencer la tentación y el pecado, en que él produce en nuestras vidas las cualidades conocidas como "el fruto del Espíritu", tenemos pruebas tangibles de que el cielo es real.